

CINCO CANTOS EN TERCINAS DE KAZANTZAKIS

Introducción y traducción de M. Castillo Didier

CRISTO

Cristo fue escrito entre mayo y julio de 1937 y está dedicado a Jorge Papandreu, político de larga trayectoria. Personaje admirado por Kazantzakis desde la niñez, Cristo aparece en este poema en una breve «escena» solitaria. Sentado junto a la fuente a poco de haber hablado con la samaritana, Jesús reflexiona y habla a su Padre, pidiendo aquello que para el poeta era consecuencia del mandamiento del amor: el perdón para todos, el Paraíso para todos, buenos y malos, hombres y animales. El amor y la admiración por el mundo creado por Dios lo lleva a preguntar si no será la misma tierra el Paraíso. Pide al Padre que diga el «sí» y la tierra toda -buena, mala, dulce, amarga- será santa. Pero la respuesta llega en forma de una lágrima de Dios. Es, pues, negativa. Y, entristecido y cabizbajo, se queda Jesús sentado junto a la fuente.

Como el dulce pecado descendió
lenta a la tierra la liviana noche
y del atardecer la melodía alzóse.
Dos rosas en jardines alejados
5 tremularon y el aire perfumóse.
Quedamente la rueda celestial
con sus clavos de plata innumerables
con la divina mano santa se movió:
estremecióse el universo sometido
10 y el primer astro apareció risueño.
Sonríe virginal la madre tierra
a la caricia del nocturno Dios
y se mecen las verdes sementeras.
Y está sentado Cristo ante la fuente

15 del desierto, inclinado y meditando:
a la muchacha de pecho desnudo
la escucha aún en la penumbra hablarle
de sus muchos maridos, y con miedo
se acuerda de sus senos y sus labios.
20 ¡Del deshonor se perderá en la senda!
¡Ah!, Dios, si yo pudiera las aldabas
abrir del Paraíso, suavizar
la ley y desde todos los caminos
buenos, malos, que vengan, Padre mío;
25 y a tu casa entren todos los viandantes.

Sus ojos a la tarde la contemplan
cual perdiz de patitas coloradas
temblar, doblarse, y más allá, gusanos
felposos encenderse entre las yerbas
30 y siempre enamorados, las luciérnagas.
Ya luces en la aldea aparecieron;
hora muy dulce, y las cuitas del día
olvidan las parejas, y en jardines
se sofocan las niñas, se desatan cintos.

35 Han callado las flautas pastoriles;
silencio azul, pasa la noche pálida;
mas distinguía Cristo aún el velo
de la mujer en su mente temblar.
Se inundaron sus ojos, se diría
40 para siempre, al anochecer, desesperado,
de adioses vibra un amargo pañuelo.
Misterio es velloso y perfumado
-pechos, caderas y labios y cuello-
la siempre oscura flor de la mujer.
45 Se asusta, porque suave lasitud
siente en los brazos, muslos y la médula.
«Dios mío, compadece», Jesús gime,
«compadece el deseo de los hombres,
y permite que todas las mujeres,

50 con esta joven adelante, altivas,
entren a los jardines divinales,
límpidas y pintadas y fragantes». Rosados, amplios, en su entraña se abren
del Paraíso los portones y entran
55 en turba apuestos mozos y morenas:
bebidos, ríen, cantan y salpican
a los santos ascetas con azahares.
Un Padre ha devenido Dios y curan
sus dichas los humanos sufrimientos;
60 la ira ríe y ríe la mente,
la espina crece y albo lirio da.

De la fuente en el borde posa el joven
la mano, y escucha sobrecogido
trinar la alondra en la noche tibia.
65 «¡Padre, Dios mío!», clama conturbado,
«manifiéstate al mundo bueno y suave,
en favor de la alondra, de esa especie
volante que ha brotado de tu arcilla
- los halcones, los buitres, zopilotes -
70 que entre íntegra en tu Paraíso!»

Lejos en los barrancos de la aldea
se oyó a un chacal aullar agudamente;
hambre tendría y buscaría en grietas
comer algo también de la piedad divina.
75 «Tampoco olvides al chacal, mi Dios»,
dice en la sombra Cristo, temeroso,
«en tus patios magníficos acéptalos,
y entren lobos, leones y raposas,
¡y de la creación todas las fieras!
80 Que los ángeles bailen con los simios,
y se llenen las barbas nuevamente
de los ascetas con azules mariposas.
La oscura víbora vestido de oro tome:
que con su cauda ella también pase

85 erguida al cielo, gran constelación.
Amplio es el corazón y dentro, Padre,
todo lo quiere, lo contiene y lo perdona;
y todos, buenos, malos, hijos suyos».

Dulce, primaveral la noche, miel:
90 subían, descendían, enlazando
angélicos enjambres tierra y cielo.
En el jardín de la mujer abrían
los ramos tiernos del jazmín, y suave
cual ruiñeñor a la mente envolvían.
95 Sofocábase Cristo, incontenible júbilo
sus entrañas, su espíritu inundaba,
y hacia la noche extendió sus brazos.

La Moira -espada- irguióse en su cabeza
y sintió él repentino escalofrío:
100 diz que la tierra ve por vez primera;
un relámpago azul por vez primera
quema sus labios y mejillas y cabellos:
es fuego temerario de la tierra.
De su pecho de arcilla siente al fondo
105 una cuna y deseos de mujer
y fragancia dulcísima de tierra.
«Perdóname, Dios mío, la blasfemia;
mas por doquier hasta mi pecho suben
los deseos, las fieras, los perfumes,
110 y se trocan en cielo en mis entrañas.
Permite, Padre, diga mi palabra:
¿No será aquí la tierra el Paraíso?»

Erguido aspira el aire perfumado
y agitando sus manos repregunta,

- 115 mas miedo mudo y feroz lo envolvió.
«¡Pronuncia, Padre, el Sí, y la tierra toda,
ha de ser santa: buena, mala, dulce, amarga!»
Entre los astros ella luce cual estrella
y en el gran redondel danza también
120 - palpitación de tu infinito pecho.
Sonríele, Señor, para que ría;
hazle caricia y se haga el dolor dicha.
¿No tiene mente, alma y corazón,
flores, aves y amor, qué pues le falta?
125 ¡Has de decir el Sí y sólo el Sí!»

- Clama Jesús, y con brazos abiertos
se bate a lanza con la noche muda;
y de improviso entre las grandes cañas
un rumor delicado se escuchó
130 y perfumado hálito de axilas,
abiertos, tibios senos de mujer.
Y una voz retozona y seductora
se difundió por los juncales frescos:
«No me guardes rencor, muchacho virgen;
135 yo te traigo, luz mía, agua inmortal;
y si mucho he besado, no es mi culpa
un Dios dentro de mí es quien besa y juega».
«¡Padre, auxilio, y pueda yo vencer
del mundo la hermosura y la fragancia!»
140 Mas al punto retira su palabra:
«¡Ah, mi Padre, di el Sí, para caer
en la dulzura de la tierra sin pecar!»
Risas, voz de niños, oía en sus entrañas:
del hombre la fecunda arcilla cálida
145 a la luz inhumana en él vencía.
Al cuerpo seductor furtivo acércase
de la mujer con esa alloza pura,
y la vida que aún se equilibraba
del Salvador de un cabello pendió.

150 La salvación del hombre es un instante.

Desfallecía el joven en la carne;
los ojos lacrimosos levantó
adonde amargo e inmortal anhelo
del caminante atrae al pobre espíritu.

155 Y contempla al mirar, con mudo espanto,
una estrella caer sobre su pecho,

lágrima gruesa en la tormenta glauca
de su Dios, y rodar por sus mejillas.
Se asusta el joven: llora Dios; lo siente

160 en el silencio del mensaje célico.

Y suspirando su destino empuja
a su idea de espinas de la salvación.
- Seltas flores - las ansias marchitaróense;

lento doblóse el pecho entristecido,
165 cual ave que en nocturna primavera
mientras trinaba se ahogó, ¡ay de mí!
entre zarzas floridas y fragancias.

DON QUIJOTE

Don Quijote fue escrito entre el 21 y el 23 de marzo de 1934 y está dedicado al escritor greco-rumano Panait Istrati. En el poema, Kazantzakis entretiene varias de las ideas que respecto a Don Quijote expresa en su libro sobre España. Su admiración profunda hacia él queda reflejada en numerosos párrafos de ese volumen. Allí lo llama «eternamente errante Caballero del Ideal», «santo mártir», «gran príncipe», «gran señor feudal». Allí dice que «el grito de Don Quijote contra la razón» es, en realidad, «el más profundo alegato en favor de ésta». Allí afirma que «la obra de Don Quijote comienza ahí donde Dios la abandona». En el poema, al grito de libertad del alma humana, «se alza el ardiente señor del arenal», «el gran combatiente» Don Quijote y, al consolar al alma, define su misión: «¡Lo que no terminado dejó Dios / yo lo he de terminar, yo, el combatiente!» Ante el mundo hostil, desértico, en que debe luchar, ante la tentación de la dulzura y quietud del hogar, el gran asceta reafirma su voluntad de combatir por la libertad, desechando las advertencia del cuerpo

temeroso y de su débil caballejo. Prefiere oír a su corazón, que, en largo parlamento, v. 50-129, le hace entrever las penurias y pruebas que aguardan a «el-sin-esperanzas» en esta lucha, que es como «comenzar una segunda creación». Prevé el duro camino, donde tendrá como compañero sólo al hambriento Caronte, ese león. “¡Adelante, sin esperanza alguna!”, es su consigna. “¿Qué es en la creación lo más difícil? / Nuestro pecho eso busca sin temblar”. Medita Don Quijote las largas palabras del corazón y reflexiona ante la voz de la sirena de la hazaña inalcanzable que sostiene al crimen como corona de victoria.

Vaho exhala la mente, los límites se enturbian,
lame la fantasía el mundo en torno
y erguidos ruidosos fuegos lo ribetean.
Cual salamandra apareció la Moira
5 y en la llama, toda frescor, sacó la lengua.
En la desolación la mente estremeciósese
y su infalible ojo negro llameó
y he aquí qué ve: desde una larga marcha
para la fe el milagro amamantado
10 tan dulce como es María Virgen.
Se lanza el alma a penetrar su ensueño:
en la tierra se ahoga y clama libertad
-y se alzó enhiesto, sufriendo ante esa voz
el ardiente señor del arenal,
15 el grande asceta, Don Quijote.

Grita el anciano conductor: «Calla, alma;
lo que no terminado dejó Dios
¡yo lo he de terminar, yo el combatiente!»
Y del deseo en el confín más alto
20 para mirar se irguió el ojo vehemente -
¡Que lo ayudes, mi Dios: no decaiga la llama!
Como el Juicio Postrer la creación
implacable desierto sin agua ni un ave,
ni esperanza, ovillo de negras serpientes.
25 «¡Mi Dios, nunca vi tanto veneno!»,
pronunciaron los labios con temor,

«ni patria tan desierta e inclemente.
Ah, la senda de Dios creo he tomado».

30 Sus dos ojos los cierra y se estremece:
sobre su hombro derecho un ave encantadora
con tristeza amorosa comienza a cantar
del otro mundo la dulzura:
-»Una casita fresca alboceleste
35 en la ribera azul del mar y en mi interior
dulzura extrema, y en el santo hogar
una tierna mujer mi hijo que amamante».

-»¡No es éste un pájaro, no es un ruiseñor!
Corazón, tú no te engañes y retrocedas.
¡Mira: la libertad, nuestra señora, acércase!»

40 Pero el débil corcel ante el despeñadero
del abismo relincha, abre los belfos:
-»!Ay amo, adónde vas; ay, compadece
al pobre cuerpo; acércase el crepúsculo;
45 al fresco establo retornemos ya
a nuestra tierra con el verde y dulce trébol!»

Hablaba el cuerpo, el perezoso sedimento
del árbol del Señor, moviendo abajo
el largo hocico equino con temor;
pero a su corazón oía el amo:
50 -»Este es el reino de la idea;
serpientes venenosas son sus bienes,
y sólo hay una rizada flor,
de la joven amada el secreto perfume,
de nuestra Dulcinea inexistente.
55 Y seguiremos de por vida jadeantes
por nuestra senda las amadas huellas,
pero sólo como sedientos perros
sobre las piedras lameremos nuestra sangre;
y un solo fiel tendremos compañero:

60 al hambriento Caronte, ese león!
¡Adelante sin esperanza alguna!,
tú, valiente lancero; y quizás los ojos
contemplan algún día lo que anhelan.
Este orgullo tremendo tuyo, padre:
65 ese tomar molinos por castillos
y combatir con sombras en el aire!
Y sobre ti se burlarán los fríos astros
y los hombres abajo te abuchearán.
Mas tú, con la alegría seductora
70 de la salvaje libertad y de la muerte,
sonreirás, oh grande mártir, con dulzura,
dejando por doquier gotas de sangre.
De la virtud al mástil amarrado,
avanzarás con brazos bien vacíos.
75 De marzo han de venir las golondrinas todas
a construir sus nidos en los huecos
del santo cuerpo al que devoró el espíritu,
en las axilas y en los hombros y en tu cuello.
Y en la divina falsedad, tú atrincherado,
80 de que exista quizás resurrección,
con tu sagrada sangre has de pintar
rojos los huevos de la primavera.
Nutrido con la médula del sueño,
dispersas, pródigo, el trigo como paja.
85 A tu lebrél corazón retornaste
y las correas de la mente pusilánime
le desatas y comenzamos en las viñas
de la imaginación a perseguir,
con harapos como armas y como arco
90 de luz un rayo, al pavorreal fantasma, nuestro sueño.

Altas montañas -oh alegría- nuestra frente
golpeada es por los puros vendavales;
los hálitos dejamos del hedor;
ya rompimos de la prudencia el freno.

- 95 ¿Qué es en la creación lo más difícil?
Nuestro pecho eso busca sin temblar.
De la floresta traigamos de nuestra entraña
el derecho, la dicha, la bondad-
los rudos pájaros que allí anidaron.
- 100 ¡Nunca habrán de venir, pero la fragua
interior de la tierra nunca ha de apagarse!
Aviva tú la llama y llegarán a ser
pobreza e injusticia y embriaguez
oro muy puro y Don Quijote.
- 105 Así nobles se harán tierra y vivir
y de la juventud la inmortal flor
florecerá, pues la mente del hombre
-el infalible arquero- ama la presa,
solamente la que es inalcanzable.
- 110 Lo sé, padre, te envuelve como sierpe
el dolor las entrañas. Mas tú encierra,
así te ahogue, en el pecho el llanto
y no olvides que eres -tú El-sin-esperanza-
¡la mayor esperanza de la tierra viuda!
- 115 Agita las doradas y anchas alas,
y la tierra, gallina desplumada,
un pavorreal se volverá para pasearse
al rayo del sol cálido y dorado.
Y eres tú de Dios la última ubre,
- 120 su tesoro más puro y máspreciado
y su postrer trinchera inexpugnable.
Y el anciano Señor todo el coraje
pender lo ha hecho de tu ala roja
y de tu lanza insensata y quebrada.
- 125 ¡Tú solamente puedes ya, levántate!
Y del servicio del humano sácalo.
No ya tierra, mas llama enhiesta ármate
con una larga paleta y te inflamen
la despreocupación divina y la locura:

130 ¡comienzas la segunda creación!

Así reía y se quejaba el corazón.

Y el gran Atleta oye la nueva vocecilla

doblado sobre la silla de su corcel.

Y apareció por sobre su cabeza

135 a la luz, con el cuello erguido y rojo,

para cantar un pequeño jilguero.

La pechuga y las alas le temblaban

y por lo mucho que trinoó una gota

brotó de sangre en el pico amarillo.

140 La tierra, madre de gris cabellera,
volvióse al sol jilguero de alto cuello,

y batiendo sus grandes alas comenzó

también un nuevo canto nunca oído.

En la rama más alta de nuestro deseo

145 alzóse la sirena de la hazaña

inalcanzable, sosteniendo al crimen

a modo de corona de victoria.

De la doncella indómita en los ojos

veía el jefe anciano la pobreza,

150 la soledad, el dolor y amor ninguno

se encamina al santo pecho de la amada.

Los labios muérdese el Capitán-Uno.

Toda la vida es quejumbroso mito,

ah, y en el huso de la muerte se ha enrollado

155 y desde los abismos de Dios parte,

en la red del ensueño debatiéndose,

y entra al fin en el reino de su amada.

Estrellada la vasta medianoche

llorando se deshoja sobre él,

160 mas en silencio él espolea su caballo,
y lentamente y sin aliento asciende
la pendiente sin esperanza de su alma.

DANTE

Este canto fue escrito en noviembre de 1932, en Madrid, y está dedicado al intelectual y poeta cretense Lefteris Alexú. Kazantzakis recuerda los últimos momentos del acaso más amado entre los maestros de su espíritu. Y evoca la evocación que el poeta hace de su patria y su vida, cuando va llegando a Rávena, exhausto, envejecido en el destierro, con sus pies heridos en escalas extranjeras, pero con todo su odio santo, su sed ardiente de justicia. Siente cercana la muerte, mas debe antes conocer el castigo de sus enemigos; y vuelve a imaginar el infierno para ellos destinado y sus brasas más quemantes: sus versos acerados. Todo pasa ante la mirada de su espíritu agobiado: los campos, las callejas, las muchachas, la fresca fruta, la lengua del pueblo que él sintió y amó como nadie. Y luego en el ocaso rojo sangre y en el mar de los rumores vespertinos, surge la visión temblorosa de su Florencia amada, a la que no ha de volver jamás. A sus labios, secos de la sed de la tierra patria y de la justicia que no llegó, los refrescan los granos de uva que le entrega una aldeana. El ardor se alivia algo, y en un resto de energía, extrae Dante de su pecho los escritos de su duelo, descolorada la tinta por las lágrimas, goteada por la cera de las vigiliat: allí está el edificio de la belleza, magno templo con sillares de tercinas y columnas de ideas y voces ordenadoras de armonías. Y al fin, la brisa fresca de la gracia lo envuelve como un velo. Se abre el cielo -rosa de mil pétalos, inmensa, misteriosa, como lo entrevió en su Comedia Divina- y desciende la Amada: blancos cipreses agitáronse en la tierra. Se detiene el carruaje de fuego y se escucha el dulcísimo saludo -la palabra siempre esperada-, bálsamo del largo dolor de su destierro. Es la emoción inefable; es la dulzura infinita. Se unen en cruz las manos del Asceta. La noche empieza a desplegar suavemente su manto... Y al despuntar los primeros astros, muerto ya hallaron a Dante, caído allí sobre tierra extranjera.

Oh rudas almas que de amor sabéis
y -rosa- el fuego florecéis en vuestro espíritu,
contemplad al Asceta entre la grama,
quemado por el sol, pasar, doblado,
5 bajo la lluvia tibia del otoño
y entrar a Rávena desfalleciente y pálido.

Pasan jóvenes nobles cabalgando,
llevando sobre el puño el crespo halcón.
Desde las grandes torres las campanas
10 de la oración proclaman el anhelo.
Y él, mordiendo en los labios una hoja
amarga de laurel, a su alma dice:
«Siento que es éste tu postrer crepúsculo».
A su lado, dos rubios querubines,
15 el Sí y el No se irguieron, silenciosos
lebreles de la Muerte cazadora.

Como tumbas se abrieron sus entrañas
y en su interior brotó una ronca voz:
«¡Que no muera, mi Dios, sin arrojar
20 al azufre y la pez mis enemigos.
Lo escribe el alma: no lo borra Dios!»
Sed de venganza, maldición y cólera,
su corazón -costal de larvas- se agitaba
y su alma silbaba como un áspid.
25 Uno a uno a los enemigos arrojaba
a las fuentes de brea de su espíritu
y en tanto aullaban sus negras entrañas:
«¡Cobardes, viles, falsos y embusteros,
depravados, avaros y rufianes,
30 y frailes sodomitas y altaneros!»
Mudo, agachado, en el candente fuego
los vuelve y asa lento cual cangrejos;
sus narices husmeaban vorazmente
tramando cómo hallar infierno nuevo.
35 Asaz fresca, liviana parecióle
esta pez que bullía de mil palmos.
Apoyóse piafando en la muralla;
sonríe aleve y el arpón levanta:
de cabeza en el verso los enclava.
40 El odio -halcón de ojos amarillos,
de la virtud arcángel protector -

destilando veneno se anidó en la mente
del Asceta y lo conduce y guía.

45 «¡En tanto dura Dios, el odio dura,
en la puerta del cielo picaporte.
No dejaré, virtud, desigualmente
diente te rompan: romperé quijada!»

50 Cobra vigor y muévase gallardo
con armas invisibles y sonrén
secretamente sus amargos labios:
la santa joven siente que lo sigue.

55 En la hebra del sol brillan los muros;
el suelo horadan gruesas gotas tibias;
suspira el búho, la tierra perfuma;
el seno abre la noche suavemente;
y él, doblado, los pies arrastra pálidos,
deshechos en escalas extranjeras.
De los bueyes despídense sus ojos
que en pareja caminan enyugados
60 y de las niñas en las calles y el mercado,
de la uva, los higos, las granadas;
huele la fruta y el oído alerta
para captar del pueblo las palabras:
el habla fresca y el dulce lenguaje
65 ¡cómo rocían la entraña y la refrescan,
y cómo a la humilde ave del pueblo
fecunda el verbo - cisne - y la conduce
a la serena y pura agua del verso!

70 Los ojos cierra: en el sangriento ocaso
y en el mar de los ecos vespertinos
temblar divisa a su Florencia amada.
Iglesias, torres y palacios, de memoria
sus divinas bellezas conocía:
cual Segunda Venida asciende ahora

75 en los altos sombríos de su espíritu.
¡Ay!, en ningún otro lugar ha de gustar
lengua tan clara y tan sabroso pan;
mas, infeliz, no volverá ya a verla:
cual malhechor lo desterró la infame estirpe.
80 Pero el alma la trae - omnipotente -
a su espejo interior por vez postrera.
Se inclina cual sediento carretero
con sus labios ardientes. La contempla
y, tierna, de lo más hondo del pecho
85 quemante cae la gota salobre.

Una anciana lo mira y se detiene:
los ojos húmedos, la pálida mejilla,
su raída sandalia y los dolores
que su rostro mordieron compadece;
90. de su cesta un racimo le regala.
Las manos doloridas regocíjanse;
se apoya en una piedra y grano a grano,
agachado, comiendo lentamente
se refrescaba y la tierra bendecía:
95 grave destino devenir el lodo espíritu
y - pura luz - la llama serenarse,
vid producir la tierra y recoger
la sangre del Señor las mismas uvas.

Sus espaldas temblaban cual gusano
100 que alas de libertad sólo desea.
Lágrimas espejeaban en el aire,
y un resplandor furtivo lamió el borde
de los harapos, y en el éter glauco
levantar lo divisan los espíritus
105 en la mano la luz - un albo lirio abierto.
¡Oh Dios, cómo de pronto se alivió el dolor
y nívea flor engendró el pecado!
No es éste un pobre corazón, mas ruiaseñor
que en la parra que sube de la tierra

110 hasta los cielos pósase trinando.

Remueve el canto dentro del sepulcro
las alas de su espíritu y lo roía;
húndense y clávanse sus dedos trémulos
hurgando en el llagado corazón

115 y sacan los escritos del dolor:
como las hojas crujen corrugados
de una rama azotada por el viento:
a incienso olían, a tomillo y a sudor
y a aliento de pobreza y de destierro.

120 Y el negro de su letra retorcida
descoloraron lágrimas quemantes;
gotas de cera de largas vigalias
y rasguños de cólera marcaron.

Con los dedos delgados los escritos
125 volvía quedamente, temeroso,
como cayendo en resbalera mística:
siguiendo dura ley, rimas tejidas
de tres en tres se unían cual sillares;
se alzaban en la mente constructora

130 columnas ensamblantes, las ideas;
y en la tiniebla, voces armoniosas
la ceremonia ordenan legislando.
Alto edificio en el mojado atardecer,
húmedo centelleaba el canto enhiesto:

135 demonios lo subían desde el Hades
- raíces grises - y ascendía plena
de vello virginal la agreste flor
de la ascesis salvaje, dirigiéndose
a las Sagradas Madres de la Luz.

140 Serenas, hondas, tañen las campanas.
Silencioso se hundía en los trenzados
lazos del exultante entendimiento,
liberado del tiempo y del espacio
el rudo herrero del verso y del hombre,

145 trocada en puro espíritu su carne.
Sopló la brisa fresca de la gracia
y cual velo bordado se elevó
con regocijo la mente cabalgando.

Un trono de esmeralda y de zafiro
150 ve desde el sol ardiente descender;
lo arrastran nuestros más hondos deseos:
un toro y un león, un águila y un ángel.
Se abre en su espíritu la rosa misteriosa.
Fulgura toda luz la negra Muerte.

155 Una voz suave embarga sus entrañas.
Y con terror y oculto regocijo,
mira - a la sacras fieras con la luz
golpeando cual Nicea dolorida,
severa, grandes ojos, mil saetas -,
160 sobre él descender a Beatriz.

De mil pétalos rosa el Cielo; y los arcángeles,
cual las abejas, laboriosos liban
la miel de la inmortalidad oscura.
Blancos cipreses agitáronse en la tierra.
165 El flamígero carro se detuvo.
Y con extrema suavidad' y dulzura
cual rui señor habló una voz angelical
que al dolor de su vida lo vencía
y deshacíase su mente al sol cual nieve:
170 «Mil veces enhorabuena te encontré, amado.»

Veloz pone sus manos contra el sol;
a la amada sonrío y como fuente
le brota el llanto y para sostenerse
trata en la tierra de apoyar las manos,
175 y en su entraña hallar tiernas palabras,
dulzura extrema para recibirla.

Mas cogían los santos ojos de su amada
- redes serenas en abismo de visión soñada -
sin hálito su espíritu y su cuerpo.

- 180 Abre la noche quedamente su estrellado manto.
En cruz uniéronse las manos del Asceta.
Y muerto a Dante hallaron ya los mercaderes
al despuntar de los primeros astros.

SANTA TERESA

Este poema fue escrito a fines de noviembre y comienzos de diciembre de 1933 y está dedicado a Juan Ramón Jiménez. En la áspera, desnuda y gallarda Castilla, en esa era abierta sobre la que se arroja violento el viento norte de-barbas-de-hielo, un monasterio canta cual mística flauta. Las monjas padecen hambre y necesidad, pero Teresa, la priora, las llama a alegrarse, precisamente porque nada ha conseguido en su mendigar. Las monjas sufren con la imagen de hogar, de amor, de hijo, de cálida comida. Salen al patio, que se llena de aliento viril, de rudos ángeles, de mozos barbinegros. De pie sobre la nieve, Teresa, viendo ese cortejo nupcial fantástico, les habla de la nupcial tormenta que de Jericó vendrá a aliviar a las religiosas con la copiosa inundación de Dios. Pero la más débil de las monjas proclama a voces su oculto deseo: «Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo». Una fuerza arrebatada a la priora, que es lanzada al centro del patio. Brota una llama; envuélvese el monasterio en espeso fuego y en tempestad helada. Sus palabras ardientes se desbordan, afirmando su fidelidad al único dueño, a Dios, e invocando a Caronte, pues morir es la única salvación. El cortejo nupcial lo forman el Hambre y la Virginidad; pero duran demasiado ya los esponsales. Debe venir pronto Jesús, el adorado mozo, y que todas caigan en el desfiladero de la muerte. Se ha esfumado la visión; pero el hambre ha devenido saciedad; y gozó la helada virginidad con el abrazo.

¡Áspera Castilla, gallarda y desnuda!
Era abierta sobre la que se arroja
el viento norte de-barbas-de-hielo;
y resuenan las grutas y a los tejos juegan.

5 En una noche la nieve, puro tesoro,
abismos floreció y desiertas cumbres,
cual la gracia de Dios, muy dulcemente.
¡Y todo, hasta el último tizón,
florecedo crió ramos muy albos!

10 Canta el convento cual mística flauta.
Un suave rayo meridiano brota
y las monjas al corredor salieron.
El pecho les palpita al hambre, al frío
- ave desfalleciente -, pues tres noches
15 que no tienen ya pan, fuego, esperanza.

Las manos de la priora tan vacías
del haber mendigado ahora vuelven:
«¡Alegraos, hermanas, que en los valles
del cielo pastaremos algún día,
20 pues no tenemos en la tierra qué comer!»

Pero hormiguea el pecho entre la mano
tibia del sol y así da voces: «¡Corre,
leona tentación al cubil santo!
¡Pobres mujeres somos y sufrimos!» -
25 gimen sus corazones cual calandrias.
Los ojos muelles almendrados
se cierran y contemplan cada una
a su ángel cual varón moreno que abre
camino por el patio aproximándose.

30 Se confunde la mente y florece el abrojo:
en la lumbre está hirviendo la comida;
cual un Cristo en la cuna juega un hijo.

Triste una monja suspiró y extiende
sus manos, pero lejos en brumosas sierras

35 cruzó el hijo y cual niebla se esfumó.
Todas abren los ojos, las narices huelen
anhelantes la tierra lujuriosa
y un hondo dolor coge a las entrañas vírgenes:
sienten en el hendido pecho ya la araña
40 tejer la red desesperadamente
y ponerse a envolver sus corazones.

«¡Salgamos! ¡Ay de mí que el Paraíso
- pequeño infante - en sus entrañas se movió
y de aliento viril llenóse el patio,
45 de ángeles rudos, barbinegros mozos.

De pie sobre la nieve ve la priora
sonriendo el fantástico cortejo.
-»De Jericó, oh mis rosas, ya vendrá
nupcial tormenta, se abrirá la carne,
50 y todas, hartas, os aliviaréis
en la copiosa inundación de nuestro Dios».

Dice, y los ojos lanza a las espaldas
de la más débil y ella salta cual venablo,
se desata las trenzas perfumadas.
55 Bate sus palmas la doncella estéril
y su oculto deseo así proclama:
«¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo!»

Llameante rompe saeta encarnada
el seno de la priora, y una mano
60 del cráneo oculta cógela con fuerza.
Cual águila en el aire convulsiónase,
y hasta el vientre el anzuelo ya ha bajado.
Se cogió de la puerta, resistiendo,
pero un ala azulosa la golpea
65 y hasta el centro del patio precipítala.
Una llama brotó a su lado izquierdo:

- crece, coge la tierra; en fiera red
de espeso fuego el monasterio envuélvase,
se sume entero en tempestad helada.
- 70 De la Señora el hábito se alzó
y cual vela se henchió ante la cintura.
Sopla Dios, noto cálido, y amor
se deslizó al lascivo patio helado
y el vino de la misa lo escanció.
- 75 Tomó la priora encantadora una bandeja,
cual un ala azotó el talón la tierra;
al bóreas-de-Dios surgió el seno turgente
y el canto alzarón los ardientes labios:
«¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo!
- 80 Tibia lanzan la leche nuestros pechos;
de la mujer es bella la apariencia.
La espesa gota cae en mis entrañas:
álzate cuerpo, taller de la llama,
que las Madres del fuego aparecieron.
- 85 Arde, florece el pobre Monasterio:
¡ceniza vuélvase y veamos al Amado!
- La mente se embriagó, dan flor los yermos senos;
¡caminar ya no puedo y me suspendo
cual abeja de espaldas en la rama
90 florida del Señor y allí me cimbro!
Soy, Dios mío, mujer: tan dulcemente
sólo contigo puedo yo aunarme;
siento el dolor de nuestra tierra hembra
al diluvio del cielo y el celeste
- 95 de la noche temor bajo los rayos.
Subo sobre los techos agitando
mis alas rojas como una cigüeña:
Fuera de ley, gozad, hombres, mujeres,
hondamente se teja un cuerpo a otro,
- 100 ¡mas yo al Dios mío guardo en mi regazo!
¡Y es mi cuerpo una túnica de fuego!

Eh Caronte, amoroso niño mío,
al alma mía toma de la mano
y por tu oculto canal subterráneo
105 guíala hasta el Amado, que, ¡ay de mí!,
esperanza más grande yo no tengo.
Si desfallezco sólo llego hasta tus pies -
mas tú me llevas a lo hondo de su abrazo.
De nuestra carne en la impostora vara
110 posada está la jilguerilla y llora:
¡ah, morir es mi sola salvación!

Buena es la gracia de la tierra y mar
y la fragancia de la selva húmeda
cuando el cuclillo canta en primavera;
115 bueno es el fresco y el ardor del hábito,
mas mucho se alargó la vida, oh Dios,
y mucho duran ya tus esponsales.
¡De tu místico vendaval con la pasión
el cuerpo - ese tabique - se destroce,
120 novia desnuda salga el alma y tiemblen
de corola a raíz las azucenas!
Hambre y virginidad: oh mi cortejo,
oh versos: mis corceles con la dote,
golpead a la tierra negra y mora:
125 brilla el novio cual hijo y en mí hace señas.
¿Madre de Dios o corza esposa suya?
¡Por la luz excesiva mi luz pierdo!
El corazón ensánchalo: no estalle;
al hormigón del mundo dale alas -
130 o achica de la tierra el redondel.

¡Ah, no me oyes, mi Dios: cual catarata
ven y que beba el alma y que se sacie!
En el abismo azul eres reclamo,
pavorreal de cola desplegada:
135 ¡atráelas las almas; no te apiades,

y en el desfiladero de la Muerte caigan!

Cirios somos en fila al aire ardiente:
¡a derretimos, que otra dicha no hay!
Vengan ya los heraldos de las bodas;
140 sofocado de amor, avanza, cuerpo.
¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo,
ven para siempre ya, ven para siempre!»

Cesó la voz, y aún como una flauta
de sonos se ahogaba su garganta.
145 Se abrió la mente y su jardín florece -
dulce tibieza, higueras, ángeles, manzanos -
se conciliaron corazón y pensamiento;
cual abeja en la miel sumióse el alma
y cada seno de mujer entre las flores
150 a un puro Jesús niño amamantaba.

Se esfumó el Paraíso: es un relámpago;
mas el hambre devino saciedad
y la fría virginidad gozó el abrazo:
¡pues breve instante es la inmortalidad!

NIETZSCHE

Este poema fue escrito el 2 de julio de 1934 y está dedicado a Helmut von den Steinen, traductor y estudioso de la obra kazantzakiana. La admiración profunda del escritor griego por el filósofo alemán, sobre el cual escribió su tesis doctoral y varias de cuyas obras tradujo, se expresa en este canto en epítetos como «gran mártir», «asesino-de-dioses», «Akrita lleno de heridas» (en referencia a los héroes de la frontera de Bizancio y en especial al héroe fronterizo más famoso, Diyenís Akritas), «lobo solitario», «estilita sobre la cumbre del orgullo». Supera Nietzsche las tres sirenas: la de Dios, la del amor y la de la patria y recorre la tierra, vagabundo, más allá de la dicha y de la esperanza. Hasta él llega el poeta, cual un lebre l hambriento desde Creta. Para él, la soledad llega a ser alegre patria: «íngrimo y solo» se atrinchera en los peñones del desierto.

«¡Oh entendimiento, grande mártir, padre oculto,
óyeme bien, a ti las manos alzo.
A la más alta palestra del éter precipitaste,
al corazón hirviente de la guerra,
5 escorpión fino con la cauda en alto!
Densas fogatas en torno a ti tremulan
y la noche, negra tigresa, las aviva.
Tu mirada, oh mente, mi grande luchadora,
en la extrema desesperanza liberada
10 a la muerte desprecia, y tu rojiza cauda,
plena de libertad, arriba salta
y entra en tu corazón, toda alegría.

El sol se pone ya; y el dulce velo
engañador de la tierra oscurecióse.
15 Con fuerza, oh mente, te apoyo con mis brazos
y que en la oscuridad no te derrumbes.
Crudo invierno, las bien húmedas hojas
se desprenden y caen en el Hades;
y la luz santa en el negro estremecerse
20 de rama en rama salta, como herida
ave en el torbellino de la noche:
un instante angustiada se posó
en la alta cumbre de la tierra y se esfumó.
Fuego santo, efímero espíritu del hombre
25 ahogado del cuerpo en las pasiones,
resiste bien, aún no te me pierdas!»

Así del tiempo sordo en lo hondo grito
y ceniza revuelvo en la frente y la boca
y en el corazón del asceta santo.
30 Cara heredera del humano, oh chispa,
y tú del hombre ira altiva, amarga:
al combatiente solitario respetad.
El estandarte se batió muy grande,
dulcemente cantó la engañadora

- 35 desesperanza en la tiniebla, y puro vino
 el corazón bebió, ebrio, impetuoso.
 Y ahora, mira: en el oscuro mar ruidoso
 de la embriaguez el corsario fue abatido
 y ha roto en la orgullosa cacería
- 40 la mente -cual gaviota- sus dos alas.
 Y maligno, cobarde, se arrastró Caronte:
 la santa testa en la tiniebla lame.
 Se agita mudo en el anzuelo de la insania
 y los buitres en torno se juntaron.
- 45 Su cerebro cual chivo enfurecido
 al mundo da topadas, y barquitos
 los dedos pálidos fabrican de papel
 que los arroyos surcan de la fantasía.
 Galeras de tres palos - y unas uvas
- 50 de grano grueso los mástiles criaron;
 con ruda barba, con caprinos labios gruesos,
 velludos diablos saltan en los mástiles;
 y Dionisio liberador reparte cartas
 de libertad a dioses, hombres y animales.
- 55 Serenos el piélago cual seda rumorea
 y la fresca visión sobre él navega
 y en la turbia pupila del varón echa anla.
 Como que hubiera, piensa, un azulado puerto
 e innumerable multitud gemía -
- 60 y el comienza a llorar de la alegría.
 Portaban palmas e incienso quemaban
 y a su ensueño poníanle laureles;
 y coronado de espinas, pálido él
 como un rey a su pueblo saludaba;
- 65 y - esfera de oro - a la tierra toda sostenía
 con ufanía en su mano derecha.

Mas débil se movió la mente y se hunde
del todo la alegría, y se alzó helado
un acre viento norte en un jardín en ruinas.

70 Y se oyó de improviso ahogado lamento
y entre vides apareció y espinas,
pálido y desnudo, Baco crucificado.

Inmóvil la visión detúvose en lo hondo
del alma triste, y corrieron cual arroyo
75 las lágrimas, las heces del espíritu
por las mejillas y mostachos grises.
¡Yo tomo, padre, tus delgadas manos!
¡Bebamos el veneno a nuestra salud!

El grande lagar de la tierra hierve:
80 la mente embriágase, sus alas nuevas bate
y al fantasmal dueño de casa expulsa.
¡Un patrón aquí abajo no queremos!
- clamas a gritos, y sálvese quien pueda.

En las fronteras de la vida y de la muerte,
85 donde la presa halló refugio, en el recodo
secreto de la entraña, velas, cazador,
y sobre la salvaje presa te abalanzas.
Las tres sirenas pasas - Dios, amor y patria -
y recorres la tierra vagabundo
90 ¡más allá de la dicha y la esperanza!
Asesino-de-dios, Akrita herido,
gemiste tú y yo te escucho y llego
cual un lebrél hambriento desde Creta:

Ha llegado el tiempo, álzate, capitán;
95 ya anochece, los astros se encendieron:
hambre tiene el corazón, morir no quiero.
Señora-Llama apareció, la-ama-de-leche,
y erguida, muda, en la oscuridad nos hace señas:
¡las torres de la deshonra se hagan ceniza!
100 ¡Rico botín, hermano, no queremos;
glorias, dichas no aprecia nuestro espíritu,

no nos tañe el pandero hetera alguna
en la del mundo caravana vergonzante;
aire puro queremos - de la tierra
105 el bajo cielo raso nos sofoca!

Oh cumbre del orgullo, aliento mío,
dicha de-ojos-de-estrellas de la soledad,
fuego en mis auroras más rojizas,
cabra salvaje en la virgen juventud,
110 ¡te alzaste tú y se alzó toda la tierra
cual columna de luz y me abriste el camino!

Sereno el piélagos cual seda rumorosa;
y la fresca visión sobre él navega,
y en la turbia pupila del varón echa ancla.
115 Como que hubiera - piensa - un azulado puerto
e innumerable multitud gemía,
y él por la mucha dicha a llorar comienza.
Palmas portaban e incienso quemaban
y a su ensueño poníanle laureles.
120 Él, pálido, de espinas coronado,
como un rey a su pueblo saludaba:
y -esfera de oro- a la tierra sostenía
con ufanía en su mano derecha.
¡Ah cumbres cretenses desnudas, y los puños
125 del mozo ojos-de-fuego rechinaban,
y sumidos-en-lodo los deseos gluglú hacían;
cual negras fieras subían de las entrañas;
y anhelaba yo quemar toda la tierra;
y floreciste tú, mi honda raíz secreta,
130 y mi rojizo fuego se purificó luz
¡y alegre patria fue la soledad!
Íngrimo y solo de lejos te contemplaba
aferrado a la trampa de la vida
romper la reja de la mente y respirar.

- 135 Nunca vi alegría más altiva:
hogar nunca encendiste, vagabundo
lobo solitario rondabas los apriscos,
nunca cordero tú, ni perro ni pastor.
Rompías de la alegría todas las costras;
140 muy salvajes las alas, ancho el pecho
e insaciables tus bajamares interiores.
Te atrincheraste en los peñones del desierto
- estilita sobre la cumbre del orgullo -
y avizorabas la verdad, todo coraje.
- 145 Tajeado y desnudo el cuerpo de la verdad
pendía en el abismo, y sibilaban
en su cabeza trenzas de serpientes.
¡Alegría! ¡Pues ya la mente no se engaña:
juegos de fantasía, miedo y polvo,
150 de tierra y cielo los efímeros adornos!
Y en la rueda de la vida y de la muerte,
en remolinos sin cesar giramos
ideas, dioses y hombres, aquí allá.
Y tú la lira de la mente fuerte y ebria
155 tocas y oye la tierra y como un trompo
danza veloz, erguida en torno al sol.
Cual arbusto en la grave oscuridad,
tu corazón hacia el vacío sol
mantienes, oh veleta aguzanieves.
- 160 Derecho hacia el abismo tú ante ti
abres la senda-de-la-muerte, y descalzos
perezosos, tus hijos en hilera
rebeldes lánzanse, corsarios y amadores,
de la desesperanza en el corcel hacia el abismo
165 de la libertad, ¡oh primer guía del alma!

Negro vino es, hermanos, el espíritu:
¡a la salud del capitán bebamos!
Salobre es sangre, hechizadora, hermanos:
abrámoslas las venas y que roien

170 hondo la tierra y a beber que venga
alta a la luz tu sombra, oh capitán!

¡Ah si Caronte muriera por un instante
y tú te alzaras, alma valerosa,
y que de ti se cogiera voraz,

175 entre esbeltos cipreses florecidos,
en cuelgas todo tu harapiento ejército,
cual se arraciman las abejas con su reina!

Mira: comienza ahora la batalla:
álzate, alma, y repártenos troneras;

180 a nuestros corazones tu dolor embriaga
y tus barquitos de papel en el asalto
de nuestro deseo volviéronse galeras,
y hojas crió la mente y alas nuevas.

Ya silban las primeras balas y la Moira
185 amarra sus sandalias coloradas.

Las amenazas, negras mensajeras,
tocan la puerta del hombre desdichado.

Las narices del tiempo azufre huelen;
circunda tu palabra cual un león

190 a la tierra madura y las sienas crujen.

¡Oh Nietzsche novio, parte el gran cortejo;
crían las tumbas crespos azahares;
y la Victoria llega ya a tu soledad!

